

FALSO DIRECTO

FERNANDO LALANA



edebé

periscopio

**FALSO
DIRECTO**

© Fernando Lalana, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.ª edición, septiembre 2019

ISBN: 978-84-683-4533-8
Depósito legal: B. 14094-2019
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

FERNANDO LALANA

FALSO DIRECTO



edebé

PREVIO: 16 DE ENERO DE 2016

Esa tarde, a Kralov le costó mucho abrir la puerta del piso. No acertaba a introducir el llavín en la cerradura y eso solo podía significar que venía ebrio. Más de lo habitual, incluso.

Natalia, escuchando los golpes y las maldiciones en ruso, se echó a temblar. Apretó los dientes, en un intento de apaciguar el galope de su corazón, y trató de concentrarse en el libro que leía, una novela de Pierre Lemaitre que Félix le había regalado la pasada Navidad. Supuso —deseó, más bien— que, si al entrar en la casa, Kralov la veía lo suficientemente absorta en aquella historia tan francesa, quizá la dejaría en paz; quizá pasaría de ella, se metería en su cuarto a dormir la mona y ella podría salir indemne, por hoy. Pero la realidad —todos lo sabemos— es inmune a los deseos y a los sueños.

Hacía ya unos segundos que Natalia deslizaba la mirada sobre las palabras escritas por Lemaitre sin prestarles atención, sin intentar comprender su significado, cuando se sintió envuelta en un silencio turbio, espeso como salsa besamel; alzó entonces la vista y allí, en medio de ese silencio, estaba él, plantado frente a ella, el compás de las piernas abierto, buscando la estabilidad que le negaba el vodka; acariciándole el rostro con una de esas miradas lascivas que la muchacha tan bien conocía.

Se puso en pie, tratando en vano de no mostrarse asustada, e intentó llegar a su cuarto. Antes de haber podido dar tres pasos, el ruso la sujetó por el codo y la empujó sobre el sofá. Se le echó encima. La muchacha sintió en la nariz, como un papirotazo, su aliento impregnado de alcohol. Notó sus manos tratando de palparla bajo la ropa. Le resultó odioso, pero solo eso: odioso, despreciable.

Fue cuando Kralov le metió la punta de la lengua en la oreja cuando, entonces sí, sintió una náusea feroz, irresistible, que le subía desde las entrañas.

Envuelta por una oleada de repugnancia, se preguntó cómo era posible que le estuviese ocurriendo de nuevo. Otra vez, cuando ya creía haber dejado atrás la época del asco y la rabia. La época del miedo permanente. ¿Acaso nunca podría librarse de ello? ¿Enloquecería antes de haber conseguido pasar página? ¿Moriría sin haberlo logrado?

No gritó porque sabía que era inútil, que nadie podía oírlo. Félix había elegido aquella casa precisamente por eso. El colmo de la mala suerte: decisiones a tu favor que acaban por ponerse en tu contra.

La chica intentó apartarlo de sí, aunque lo hizo sin fe alguna. Con razón, pues Kralov era una roca, un tipo grande, duro e impasible. El prototipo del ruso malvado de las películas americanas.

Natalia sintió ganas de llorar a voz en grito.

Sin embargo, cuando estaba a punto de abandonarse a las lágrimas y a la rabia, tropezó en su forcejeo con algo inesperado: la pistola que él siempre llevaba bajo el brazo, enfundada descuidadamente en una sobaquera sin solapa.

Una décima de segundo después, Natalia había tomado la decisión. No fue una decisión inteligente y razonada, ni un acto heroico. Fue un gesto irracional, fruto del instinto de supervivencia agazapado en lo más profundo de su condición de mujer.

No trató de hacerse con el arma y usarla contra él. E hizo bien, porque no habría tenido la menor posibilidad de éxito. En cambio, optó por lo inesperado. Simplemente, decidió actuar, acabar con aquello como fuera, sin pararse a medir las consecuencias. Todo o nada. Rojo o negro.

Dos décimas de segundo más tarde, mientras Kralov le buscaba afanosamente los muslos por debajo de la falda, ella dio con el gatillo del arma y, sin intentar siquiera sacarla de su funda, lo apretó con rabia dos veces, muy seguidas.

Si Kralov hubiese sido un pistolero normal, un sicario al uso, un asesino vulgar, habría mantenido puesto el seguro de su Tokarev y nada habría ocurrido. Pero Kralov jamás ponía el seguro de su arma, porque pensaba que en los dos segundos que cuesta quitar el seguro podía estar la diferencia entre matar o morir. Hay que reconocer que, en eso, llevaba la razón.

Aquella tarde, así fue.

27 DE JUNIO DE 2017

La principal causa de divorcio es el matrimonio.

E. Jardiel Poncela

FRÍO EN EL ALMA

Eran las ocho y cincuenta de la tarde cuando Ernesto se apeó del tranvía y caminó hasta la cercana entrada del edificio de la televisión autonómica. El sol en los ojos. Diez metros antes de cruzar la doble puerta de cristal, se detuvo, con la boca seca a causa de los nervios.

—Esto no es una buena idea —se dijo, en un susurro—. No lo es. Me voy.

Ordenó a su cuerpo dar media vuelta, pero lo hizo con tan poca convicción que siguió adelante, sin desearlo, como un autómatas. Además, había roto a sudar. Claro, en el tranvía hacía un frío acondicionado que mantenía tiritando a todos los viajeros y, al salir al exterior, los treinta y seis grados de aquella tarde de principios del verano, por contraste, caían sobre los viandantes con la contundencia de una manta eléctrica zamorana. Ernesto vio en alcanzar las instalaciones televisivas su única posibilidad de salvación y se dirigió hacia ellas en modo piloto automático.

En efecto, como imaginaba, al cruzar el umbral de entrada al edificio, regresó al frío. De hecho, tuvo la confortable sensación de atravesar la frontera entre Etiopía y Siberia. Bendito frío.

—Hola. ¿Qué quieres?

—Nada gracias solo huía del calor para no morir en cuanto me recupere me voy —dijo, todo seguido, sin una sola coma, con una voz que no le pareció la suya. Voz de león marino.

Sin embargo, no se fue. Durante el siguiente minuto, ni siquiera se movió. Quizá parpadease, pero no más. Se quedó allí, plantado como un pasmarote delante del conserje, que llevaba prendido en la solapa del uniforme un cartelito que rezaba «E. Gorostiza» y que se lo quedó mirando con desconfianza. Quizá tan violenta situación habría permanecido inalterada hasta el crepúsculo, de no ser porque E. Gorostiza decidió hacerla avanzar.

—A estas horas, solo puedes venir a grabar el programa de las citas —dedujo el conserje, tras consultar su reloj de pulsera—. Supongo que por eso se te ve tan nervioso, ¿eh? Normal, hombre. ¿Cómo te llamas?

—Ernesto.

—¿Qué más?

—Gómez.

—¿Qué más, más?

—Silvela.

—Gómez Silvela —repitió Gorostiza, consultando una lista—. Pues sí: aquí te tengo. Pone Néstor en lugar de Ernesto, pero tienes que ser tú, a la fuerza. Anda, entra por ahí, cruza el patio hasta el vestíbulo, pasa la puerta giratoria y verás varios sofás. Siéntate en el de color azul. Enseguida irán a buscarte.

—Sofá azul —repitió Ernesto, como resumen de toda la información.

—Eso es. No te sientes en el amarillo o te meterán en una tertulia política.

—Uf..., no, por Dios.